

La cobardía y el crecimiento de la población

Una de las afirmaciones capitales y más vigorosas del nacional sindicalismo consiste en mantener una palitrica de natalidad eficiente para conseguir que el mayor número posible de hombres que formen parte de la nación, y en lo humano pongan, con ahinco, todas sus energías al servicio de la grandeza de la patria. Esta orientación supone una tendencia de marcado derecho natural por cuanto la especie humana va a través de las uniones matrimoniales, y aún de las libres—que por reales no pueden menos de ser tenidas en cuenta—a un crecimiento quizá indefinido, sin que la mortalidad infantil, la vida azarosa y las guerras, anulen la progresión. Es dogma de política pura. Los imperios pesan sobre los lomos de los hombres. Los ejércitos se nutren de brazos, de almas, y de cuerpos, y su potencialidad no puede graduarse sola y específicamente por el número, en iguales circunstancias es innegable la importancia del contingente.

Yo no quisiera entrar en este artículo en el tema difícil de relacionar el aumento de la población con la producción y el consumo, pretendo únicamente hacer ver algunos dislates a que llevó la cobardía adelante, precisamente de este problema. Fueron los economistas liberales de la primera época, los más optimistas, los que creían que el mundo marchaba solo y por propio impulso hacia una cercana y asequible felicidad, quienes le advirtieron y temerosos de su volumen rehuyeron enfrentarse con la realidad. No se atrevieron, en pleno auge de la teoría de «Las leyes naturales», a defender la limitación de los nacimientos, y eligieron por camino—con mentalidad desmedrada—silenciar la dificultad y esperarla cobardemente, sin enfrentarse con ella. Así espera el avestruz, con la cabeza bajo el ala, el peligro que se avecina.

Más a poco tiempo de liberalismo el palmetazo brusco de la vida hizo despertar de los alegres sueños. Estaba destinado al hijo de un propietario modesto, dedicado a la carrera eclesiástica dentro de la iglesia anglicana, el buscar los pretendidos remedios. Los desenvolvió en su obra «Ensayo sobre el principio de población», a que en gran parte debe toda su fama Tomás Roberto Malthus. Por militante en el partido «Whig», le nombró Pitt profesor de Historia y Economía Política en el colegio de las Indias orientales.

Son tiempos que a pesar de su cercanía tienen ya en nuestras mentes, por lo fracasado de las concepciones mantenidas, casi un carácter antidiluviano: — Malthus vivió entre los años 1766 y 1834. — Sin ahondar mucho en sus doctrinas se encuentra su fondo en haber considerado al crecimiento de la población como un peligro inmediato y urgente que reclama pronto solución. Imaginó que el incremento de la humanidad se verifica en una progresión aritmética. Aquello le privó de

En el mes de Julio el Caudillo dijo:

“Todo rigor será poco para corregir a los que persisten en tan execrable conducta.”

En el mes de Octubre el Caudillo decreta:

“Pena de muerte al especulador.”

reposo. Eran el hambre, la muerte, el vicio, imágenes fantasmagóricas que le asediaban. El temor a las desdichas, que por mucho que viviese no habían de alcanzarlo, le impidió ver que precisamente en Inglaterra y Estados Unidos de América, naciones que tomaban como modelo, el crecimiento de la población no había superado al de los recursos en la proporción sostenida.

Y vino con el remedio la contradicción en la doctrina de Malthus: la «moral restraint». Nada, como vulgarmente, se cree, de limitación en las relaciones sexuales entre los cónyuges, ni de procedimiento anti-concepcionales o abortivos. Preconiza pura y sencillamente la castidad. Retraso en la edad de contraer matrimonio o abstención de él. A los cristianos se dirige con argumentos tomados de la Sagrada Escritura, a los demás les aconseja la continencia, aunque la tengan por un mal. Es preferible a los males que se seguirían de las inexitables leyes de la naturaleza. Al llegar a este punto, Malthus y no está dentro de la Escuela liberal clásica. Si el mundo sigue las inevitables y cacareadas «Leyes naturales» marcha mal... Así lo quiso ver León Tolstoi en su conocida novela «Sonata a Kreutzer», sin finalidad económica, claro es pero que pretende el escritor ruso cuando dice que aquel texto de San Mateo «cualquiera que mirase a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón» se refiere antes que a cualquier otra mujer, a la propia?

Cuando un hombre se mete a moralista, y pone, a estilo de Bentham, un criterio utilitario como base de su moral termina forzosamente atormentado, y Malthus por el miedo de las desgracias que pensaban caerían sobre la humanidad con la marcha normal de los nacimientos, y convencido de que su flamante intervención de la «moral restraint» iba a ser ineficaz, tan ineficaz e inútil como la tesis de la Sonata, parece resignarse con posterioridad a las prácticas que dan satisfacción al instinto sexual. «Pretende justificarse consigo mismo diciendo que las prácticas anticoncepcionales, a las que motejo de vicios, son, preferibles a la miseria, causa por sí misma de muchas promiscuidades y licencias y de una desfavorable situación social que pone en peligro a la generación joven de las clases humildes de caer en una degradante prostitución. Preparó en ello el camino de los neomalthusianos. Disculpaba lo que no podía recomendar.

Y así por temor insuperable e irreflexivo a la natural natalidad Tomás Roberto Malthus elaboró un conglomerado de reflexiones exactas, de aspiraciones espiritualistas y de groseros errores, partiendo de un hecho cierto que no supo valorar ni estudiar. Abrió el camino para aberraciones antinaturales y para la funesta «Liga de Regeneración humana» de Paul Robin, que pretendió para ella el quebradizo apoyo de la teoría liberal de las «leyes Naturales» que fueron en sus doctrinarios un mal aprovechamiento de la teoría del derecho natural, inherente a todo hombre.

JOSÉ MARÍA GARCÍA RODRIGUEZ

Miguel Vallmajor Calvo
CORREDOR OFICIAL DE COMERCIO

Emisión de empréstitos : Suscripción a las emisiones de valores : Cupones : Canjes : Conversiones
Pignoración de valores : Créditos personales y con garantía de valores o mercaderías, etc., etc.

GRANOLLERS
Calle Ricoma, 22